

# El Secreto de La Quebradita

XX PREMIO FRANCISCO GARCÍA PAVÓN  
DE NARRATIVA POLICÍACA



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2017

Edita: Reino de Cordelia  
www.reinodocordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.  
Avd. Alberto Alcocer, 46-3º B  
28016 Madrid

© Juan Ángel Cabaleiro, 2017



Este libro ha sido patrocinado por el Área de Cultura  
del Ayuntamiento de Tomelloso

Área de Cultura

Ilustración de sobrecubierta: © Toño Benavides, 2017  
Cubierta: Mapa de los ferrocarriles argentinos sobre un tramo de vía abandonada  
de la línea Belgrano

IBIC: FF  
ISBN: 978-84-16968-25-1  
Depósito legal: M-24823-2017

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido  
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart  
Impreso de la Unión Europea  
Printed in E. U.  
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# El Secreto de La Quebradita

Juan Ángel Cabaleiro



Un Jurado presidido por Raúl Zatón Casero y compuesto por Antonio-Luis Galán Gall, Sonia García Soubriet y Pablo Sebastián Tirado, con Patronio Mangas Morales como secretario, concedió por unanimidad a *El secreto de La Quebradita*, de Juan-Ángel Cabaleiro, el *XX Premio Francisco García Pavón de Narrativa Policiaca* convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso.



# Índice

Primera parte	13
1	15
2	21
3	27
4	31
5	35
6	39
7	43
8	47
9	51
10	55
11	61
12	65
13	69
14	75
Segunda parte	83
15	85
16	93

17	101
18	105
19	109
20	115
21	117
22	119
23	123
24	127
25	133
26	137
27	145
28	151
29	157
30	163
31	173
32	179
33	181
Tercera parte	191
34	193
35	197
36	201
37	205
38	209
39	213
40	217
41	221
Cuarta parte	227
42	229

## NOTA PREVIA

Esta es una obra de ficción: todos los nombres, lugares, episodios o circunstancias que se mencionan son ficticios. Las similitudes con hechos o personajes reales solo tienen como objetivo entretener y divertir al lector.

# El Secreto de La Quebradita





# Primera parte

EN EL INVIERNO DE 2008 llegué a Tucumán para entrevistarme con un oscuro y siniestro personaje. No se trataba de alguien demasiado conocido: apenas un funcionario de baja categoría que durante mucho tiempo se dedicó a hacerle el trabajo sucio a la Policía y a los políticos. Oscuro y siniestro, como el poder al que representaba y servía, y del que era un apéndice despreciable.

El poder y sus subsuelos...; el poder: un sótano húmedo y maloliente en el que se esconde un cofre lleno de monedas doradas. Hay que entrar allí si uno quiere apoderarse de ellas. Toca hundir los pies en el líquido apestoso que lo inunda, dejarse enredar por las pegajosas telarañas que atraviesan su espacio... Es necesario tener mucho coraje para hacerlo, pero muy codiciado será el premio para que tantos lo intenten. A mí nunca me había interesado el poder, pero sí me resultaba tentador echar una ojeada en sus entrañas, como un testigo discreto; ver cómo era ese sótano del que todos hablaban, pero

que muy pocos llegaron a conocer. En cualquier caso se trataría de algo *oscuro* y *siniestro*. Esa fue la sensación que tuve al principio, cuando llegué de España a pasar veinte días de visita en mi provincia, pero después de aquella serie de encuentros con este personaje dejé de considerarlo tan oscuro y tan siniestro. ¿Acaso me había endurecido? ¿O sería porque la dimensión de la realidad que se me reveló en aquellas dos semanas de entrevistas superaba todas mis fantasías sobre la tenebrosa naturaleza del poder político? Seguramente que sí, porque el sargento Osores, el sujeto en cuestión, ese ojo de la cerradura que me permitiría echar un vistazo adentro de una parcela provinciana del poder, no era más que eso: el ojo de la cerradura de ese sótano, un reflejo desvaído del mundo oscuro y siniestro cuyos hechos y personajes más relevantes irían aflorando poco a poco en su relato.

El de Osores resultó un testimonio valioso. Yo quería obtener ese testimonio clave porque tenía la intención de escribir un libro. El libro era mi verdadero objetivo. Iba a ser una investigación periodística sobre un caso real: la muerte, dos años antes, de la joven estudiante Romina Dilascio, que tuvo y sigue teniendo una enorme repercusión en la provincia de Tucumán. Yo me había encontrado por casualidad con cierta información sobre el caso. Se trataba de una casualidad, insisto, pero que fue el inicio de todo. Llevaba viviendo en Madrid desde 1999; había ido con la intención de hacer un doctorado en la Universidad Complutense, pero después, algunas circunstancias personales me llevaron a radicarme en esa ciudad: vivía en España como un inmigrante cualquiera, aunque algo privilegiado, porque daba clases de Filosofía y de Literatura para ganarme el sustento. Había incursionado, además,

en el periodismo gracias a una pasantía de unos meses en el diario *El País*, y eso también contribuyó a despertar en mí la pasión por investigar, por hacer entrevistas y por sacar a la luz pública lo que solo se conoce en ciertos círculos herméticos. Me gustaba el papel de desenterrador de cadáveres informativos, de husmeador subterráneo de las pestilencias sociales. Me gustaba rebuscar entre la podredumbre para sacarla al sol. Y cuando uno busca, encuentra.

Entonces llegó hasta mí la punta del ovillo que me conduciría al centro del laberinto del poder en su parcela tucumana.

Por aquel entonces un conocido de mi familia llegó a Madrid y contactó conmigo. Por nada en especial, solo que al ser un comprovinciano haciendo turismo en una ciudad desconocida, quiso tomar contacto conmigo, saludarme, y que lo llevara por ahí a tomar unas cañas. Así que tuvimos oportunidad de hablar y, mientras yo lo asesoraba sobre paseos y visitas en Madrid, él me puso al tanto de las novedades de Tucumán. Su hermano (Julio S.) había sido durante unos meses Ministro de Educación de la provincia y tenía contactos de alto nivel en el gobierno, así que mi comprovinciano, entre charla y charla, después de vagabundear por temas diversos, me develó algunos de los entresijos del caso Dilascio, que estaba todavía candente en los medios de la provincia.

Romina Dilascio había desaparecido una noche luego de asistir a una fiesta con personas vinculadas al poder político de la provincia. Se hablaba de «los hijos del poder», e incluso se barajaban nombres y apellidos de vástagos de los principales políticos que por ese entonces estaban en funciones. Varios días después de la desaparición, el cuerpo de Romina fue encontrado en un pastizal al costado de una ruta. El accionar de la

Policía y de la Justicia, desde el primer momento, fue tan irregular, confuso e inhábil, que el caso, naturalmente, quedó sumido en un pozo de profundo e insondable misterio.

Pero Tucumán es chico, y así como los deshechos cloacales, que creemos desaparecidos para siempre con descargar una cisterna, afloran y se evidencian con profusión en las calles y avenidas de la ciudad, los hechos comprometedores que el poder nos oculta bajo la alfombra de la Justicia, de las Instituciones o de la Prensa, afloran en el circuito clandestino y putrefacto de los rumores. La materia de esos rumores, fantasiosos y extravagantes muchas veces, fue lo que me hizo llegar el conocido de mi familia que me visitó en Madrid. Pero esa materia se me presentaba en una versión más depurada y verosímil, porque en su caso eran rumores y versiones del caso Dilascio surgidos, no en los mentideros de barrio, sino en las cercanías del poder político, de los protagonistas reales de los hechos.

La cosa es que me quedé profundamente conmovido con esa historia. Aun así, en ese momento yo tampoco imaginaba que todo aquello de lo que se me anoticiaba no era, ni remotamente, lo sustancial de los hechos, sino apenas un modesto y púdico anticipo. Le pedí más datos, y así llegué a un personaje clave; un miembro de la Policía de Tucumán que formaba parte del núcleo del poder político de la provincia, al menos como un observador y un testigo. Poco después pude contactar con él por teléfono: era el sargento Osorez, de la Brigada de Investigaciones y adscripto a la custodia de la familia del gobernador de la provincia. Lo llamé desde Madrid, le mencioné mi vinculación con diario *El País*, intenté impresionarlo. Osorez prometió darme su versión del crimen y esa sería la punta de un largo y enrevesado ovillo.

En invierno de 2008, entonces, unos pocos meses después de la visita de mi amigo y del primer contacto telefónico con Osores, aprovechando un viaje de paso por Tucumán para ver a mi familia, lo llamé, le conté que estaba en la provincia y le pedí que nos viéramos para hablar del tema. Le había dado las referencias de Julio S. —el exministro, hermano de mi amigo—, y le aseguré que en cualquier caso todo lo que dijera quedaría en la más estricta confidencialidad: con eso aflojó su resistencia inicial. Pero, en cualquier caso, el verdadero motivo de que aceptara entrevistarse conmigo y hablar del caso Dilascio en términos tan comprometedores iba a ser para mí un verdadero misterio.

Fueron, como dije, dos semanas de entrevistas en las que Osores me contó su versión, tomada del contacto directo con algunos de los hechos centrales del caso, y de su conversación con otros de los protagonistas. Me convenció de que todo lo que me contaba era cierto, pero al mismo tiempo, su relato me resultaba una clase de verdad tan extravagante, tan alejada de nuestra concepción mundana de la autoridad y del poder, que terminó conmoviendo mi idea inicial, y el relato periodístico de investigación se transformó, para tranquilidad de todos, en una novela con nombres falsos e identidades ingenuamente disimuladas.

Es cierto: tampoco dispuse nunca de pruebas documentales que corroboraran los dichos de Osores, por lo que hubiera sido una grave imprudencia presentar la historia como una versión periodística de lo que realmente ocurrió. No lo es, en absoluto; se trata de una crónica de mi investigación, de cómo llegué a Osores y de cómo Osores volcó en mí el contenido de ese mundo oscuro, quizá deformado en su relato, quizá con

alguna preocupante sustancia de realidad. Todo el peso de la responsabilidad cae sobre Osores; es la versión de él la que se narra en esta obra, y, como dice el texto de advertencia preliminar, la escribo como obra de ficción, con el solo objetivo de alimentar la ociosa fantasía de los lectores.

# I

HABÍAN DOBLADO por Diego de Villarroel para evitar el cráter de la avenida Coronel Suárez y ya la nube maloliente se les colaba por las ventanillas de la camioneta. Era la nube espesa y agria que homologaba a barrios como ese, de una rescatable clase media, con tugurios como los de La Bombilla, por ejemplo, en una misma y rezumante fetidez: las cloacas desbordadas de la ciudad formando sedimentos acres en la espesura del aire tucumano. Pero ellos avanzaban indiferentes, casi obnubilados con la disputa, y ahora acababan de entrar en Lola Mora, una calle corta y escondida del barrio Centenario, en la zona Este de San Miguel de Tucumán. Serían las diez de la noche. A la Chevrolet roja la manejaba el gordo Reyna; el gitano venía al lado explicándole una jugada polémica del partido entre San Martín y Atlético Tucumán. Se detuvieron.

—Es ahí —dijo el gitano.

Esperaron bajo la luz del alumbrado, amarilleada por la intensidad de los vapores. Constantemente se oían los pitidos de los vigilantes de una empresa de seguridad.



Al rato vieron salir de su casa a los hermanos Guzmán: Alberto, el más alto, entró directamente al asiento trasero de la cabina, sin saludar, y dejó la puerta abierta; Marcelo, *el Orejudo*, le apretó la mano a Reyna a través de la ventanilla y le dijo algo al gitano, una broma que festejaron por compromiso; después subió también atrás y cerró la puerta. Arrancaron. Iban, sin saberlo, a iniciar la historia más rocambolesca y trágica de todo su accionar delictivo.

—¿Listo? —preguntó el gordo.

—De primavera, pero con frío, che —reaccionó *el Orejudo* frotándose las manos, festivo, animado como siempre. Tenía el cabello un poco largo y ensortijado, grasiento, y una barba candado muy oscura. Cuando sonreía se le notaba la picadura de los dientes.

Dieron una vuelta y salieron por Gobernador del Campo en dirección al Oeste.

—¿Qué era el olor a mierda ese? —inquirió Reyna.

Marcelo lanzó un resoplido. Luego dijo:

—La cloacas, que están desbordadas. Hay un lago en la esquina esta.

—¿Ese charco enorme que pasamos?

—Ese mismo, maestro. Es agua de las cloacas. «Agua», por decir algo. Encima agradezca que no metió la camioneta en el pozo, que de ahí no sale...

Reyna maniobró para esquivar un bache y todos se balancearon.

—¿Ustedes vieron el partido? —preguntó el gitano.

—Claro, chango —respondió Marcelo.

—¿Y? ¿Qué les pareció la expulsión?

—¡Tremenda!

—La entrada esa fue salvaje, una burrada —comentó Reyna.

Alberto Guzmán intervino por primera vez. Se quejó:

—¿Cómo burrada? ¡Así hay que pararlos, bien hecho, *que mierda!*

Reyna levantó la cabeza y lo miró por el espejo retrovisor.

—Lo vio el país entero —matizó el gordo—. ¿A vos te parece semejante patada? Casi lo quiebra al chico.

—Si lo quiebra, mejor —dijo Alberto.

*El Orejudo* se reía, como aprobando la idea de su hermano.

—Hay que ganarles en la cancha, jugando —apuntó el gordo—. ¡El que gana, gana!

El gitano hizo su apreciación:

—Yo pienso igual, don Reyna. ¡Se les fue la mano!

Los cuatro eran hinchas fanáticos de San Martín de Tucumán, aunque los Guzmán vivían en Villa 9 de Julio, que es zona de Atlético.

Era viernes y a esa hora de la noche ya se notaba el movimiento festivo; la gente iba más arreglada, los colectivos circulaban llenos en dirección al centro, las motos salían en bandadas con la luz verde de los semáforos. Siguieron por Gobernador del Campo; a la izquierda, desde la masa oscura del parque 9 de Julio, algún tiroteo aislado se disimulaba con los petardos por el partido.

Cruzaron la esquina Norte y avanzaron por la avenida Sarmiento. Al pasar por la plaza Urquiza, justo frente a la antigua sede de la Brigada, vieron un escenario con gente haciendo gimnasia. Habían puesto música a todo volumen. Marcelo dijo:

—Ahí debe estar Osores, tratando de bajar de peso.

Todos le festejaron el comentario.

Cuando llegaron a la plazoleta Mitre y doblaron a la izquierda, Reyna hizo el anuncio:

—Vamos a hacer un laburo tranquilo hoy, como hablamos en el taller. No queremos complicaciones. —Y les recordó las líneas fundamentales del plan.

Media hora más tarde estaban casi al final de la avenida Aconquija, en una de las zonas más exclusivas de Yerba Buena, rodeados de caserones imponentes que se alzaban en medio de amplios jardines. Estaba oscura la zona y el aire que se colaba por las ventanillas de la camioneta les traía ahora algo de la humedad y la frescura del cerro San Javier. Al fin, se metieron por una calle enripiada y penumbrosa y comenzaron a observar las viviendas. Un poco más adelante se cruzaron con un patrullero que salía para la avenida, sin novedades. Después de dar varias vueltas muy despacio, el gitano estiró un dedo hacia el parabrisas y opinó:

—Mire, don Reyna. ¿Qué le parece esta?

El gordo pisó el freno y la camioneta se detuvo con un sonido de latas. Apagó el motor y los cuatro se quedaron un momento en silencio. Observaron. Estaban debajo de la sombra de un paraíso que apenas se movía con la brisa de la noche. Un poco más adelante, desde el medio de la calle, el alumbrado echaba una luz tenue pero muy blanca, que daba a la escena el aspecto tétrico de escenografía de teatro pobre. Frente a ellos, sin embargo, haciendo esquina, no había el menor indicio de pobreza, sino un caserón lujoso, rodeado de un jardín con faroles y varios autos estacionados en el césped. Afuera no había nadie, pero en el interior de la casa, tras la cortina de los ventanales, se advertía algún movimiento: música y el trasiego de personas. Tal vez una reunión familiar.

—Linda *joda*, che —reflexionó Reyna.

No circulaban vehículos y no se veía a nadie por los alrededores. El patrullero no volvió a aparecer.

—¡Qué autazos! —clamó el gitano.

Los dos de atrás no decían nada, así que el gordo se giró para verlos; Alberto tenía una pistola 9 milímetros en la mano: era un arma plateada, enorme. *El Orejudo* sacó un revólver calibre 22 y lo apoyó en las rodillas para revisarlo. El sonido de la música les llegaba apagado desde la casa, con el ritmo machacante de un lavarropas viejo. Con una seña, Reyna les indicó el respaldo trasero de la camioneta y se quedó observándolos. Marcelo metió la mano detrás y sacó una carabina como las que se usan para la caza, pero con el caño recortado, y se la pasó al gordo.

—¿Se animan? —preguntó Reyna.

—Para eso vinimos, ¿no? —respondió Alberto, y abrió la puerta de la camioneta.

—Vamos, maestro, que esto es pan comido —comentó *el Orejudo*. Cuando se bajaron los tres, el gitano se pasó al asiento del conductor.

Reyna llevaba un pantalón de vestir y una camisa clara que le quedaba un poco chica, arremangada hasta la mitad del antebrazo; así, sesentón y obeso, sin la menor prevención, con el arma en la mano, cualquiera hubiera dicho que el gordo era un comisario de la Brigada de Investigaciones.

—En media hora estamos de vuelta, como mucho —aseguró.

Enfilaron para la casa, Reyna iba al frente, seguido por Alberto y Marcelo unos pasos más atrás. Cuando estuvo delante de la puerta principal, el gordo, sin molestarse en ocultar el arma, tocó el timbre.

AL NOVIO DE LA JULIA, a Carrizo, lo mataron en el Bajo una noche de invierno, justo cuando el negro había decidido reencauzar su vida —empezó diciendo el sargento Osoreo, revolviendo la taza de café, sentado en la terraza de La Bernasconi, frente a la plaza Urquiza, yéndose muy atrás en la historia—. Eso fue... en el 86, si no me equivoco. No le dieron tiempo. Su historia había sido larga y complicada (en cierto modo exitosa), pero al final yo notaba que las cosas se le estaban yendo un poco de las manos; hasta que él mismo se dio cuenta y pegó el volantazo, como esos conductores que van dando cabezadas en la ruta y de repente reaccionan... Al límite, justo cuando se le iba la última oportunidad se había dado cuenta el negro y había decidido darle una vuelta al asunto y empezar de nuevo, pero esta vez bien. Reencauzar su vida, como quien dice, con la Julia, formando una familia nueva, en otro lado, porque hablaba de irse a Concepción... Y eso que el negro nunca fue delincuente, no nos confunda-

mos... Era vivo, mujeriego, pero un laborante más. Y lo mataron. La Julia tuvo un hijo suyo a los pocos meses. Averiguando entre los amigos de la Brigada supimos por aquel entonces que el matador era un tal Reyna, del barrio de La Bombilla, un tipo que tiene un taller mecánico: más de pantalla que otra cosa. Personaje bastante conocido en el ambiente. El tipo estaba libre, cuándo no.

¿Y la chica, Julia? ¿Qué intentaba hacer?, pregunté.

A la Julia se le puso desde el primer momento que iba a buscar al asesino para vengar al negro. Los dos se habían conocido en Casaplán, la empresa de las casitas, la de los planes de ahorro, en los años ochenta. El negro Carrizo hacía el papel de gerente o de jefe de ventas, y se había convertido en una especie de divinidad en la oficina; en su momento lo endiosaron como a un vendedor estrella, de esos a los que no hay con qué darles, aunque el negro, en realidad, se había ganado su mejor fama en otras lides: en el tema mujeres, concretamente, se rumoreó siempre que era imbatible; y había dejado constancia más que definitiva en varias empleadas y clientas de Casaplán. Así que el negro era un águila en dos terrenos muy distintos: los negocios y las hembras tucumanas. En qué se habrá sentido afectado el tal Reyna es cosa que muchos desconocen, y si hablan, hablan sin saber. No fue una historia de mujeres para nada, fue algo mucho más delicado; porque resulta que el gordo Reyna había participado en un delito relacionado con la empresa del negro, un robo, y Carrizo, que andaba siempre haciendo sus negocios, parece que hizo un arreglo extraño con el tipo y después no cumplió. Eso yo lo sé de primera mano porque hablaba mucho con Carrizo, era un tipo bárbaro. Acá nos vendió planes a todos los de la Brigada; en

aquel momento, cuando yo era oficial, *mirá* vos que te estoy hablando de hace varios años. Y siempre pasaba, se daba una vuelta para charlar...; es como si lo estuviera viendo ahora al negro entrando por la puerta de la Brigada y metiéndose en mi despacho... Y largándome el dato del gordo. Lo mandó al frente, para decirlo en una palabra, no sabemos por qué, y el gordo, en cuanto pudo, lo acostó.

¿Cómo fue eso?, pregunté.

¿La acostada? Mal. Porque al negro lo agarró indefenso, subiendo o bajando del auto —ese detalle nunca se supo—, en plena noche, a pocos metros de la casa de su mujer legítima, que era donde vivía a pesar de todo su historial. Lo encontraron con el traje puesto, el famoso gris y a rayitas con el que se ganaba los clientes y las minas. Al principio —duele en el alma decirlo— lo confundieron con un borracho dormido y nadie quiso atenderlo. El negro se había desangrado de un balazo en el estómago, apoyado contra el tronco de un gomero, en mitad de la noche, junto a las vías del Belgrano, que hacía tiempo que ya no funcionaba más.

A la mujer y a las dos hijas les duró bastante poco el luto —continuó Osoreo—, y sus razones habrán tenido ¿vos te *imaginás*, para una mina, estar casada con el negro Carrizo? ¡Tiene que ser tremendo! Enseguida se apartaron y lo dejaron al negro con su muerte, bien solito y enterrado, pobre. Pero a la Julia no: algo se le atravesó a la mina y se empeñó en seguirle la pista al gordo Reyna; al parecer, medio en serio y medio en joda al principio, y así, hasta que al final, después de bastante tiempo, terminó dando con él. Con el dato dio a través de uno de los muchachos, uno que había estado en la Brigada en un tiempo, y que después lo pasaron

a retiro. Entonces se le puso entre ceja y ceja a la Julia que lo iba a vengar al negro en cuanto tuviera oportunidad, y que eso era cosa de ella, una especie de asunto muy personal. Que lo iba a buscar y que lo iba a matar al gordo Reyna, que no le importaba lo pesado que fuera el tipo, porque claro, Reyna le había destrozado la vida a la pobre. Y al final, después de tantos años, la oportunidad se la terminé dando yo, mirá cómo son las cosas. Porque yo me acordé de la bronca de la Julia, y cuando lo localicé a Reyna, veinte años después de la muerte de Carrizo, la busqué para decírselo, para ver si ese odio seguía ahí latiendo, pero también para hablar con ella, porque la conversación con la Julia a mí me interesaba y me hacía mucho bien...



OSORES ME DESPIERTA una especie de rara fascinación: es verborrágico, cautivador, fuma sin parar, mira de frente, exaltado, tiene todo el aspecto de un mitómano. Pero sé que estuve ahí, y que lo que cuenta de Carrizo, de Reyna, de aquel incidente lejano, es una vivencia propia. Porque la verborragia y la mitomanía se sustentan en situaciones reales, en hechos percibidos o conocidos.



### 3

A LOS POCOS MINUTOS abrieron y desde adentro los golpeó el sonido de la música, las voces y las risas. Alberto dio una patada a la puerta entreabierta. Alguien —una chica joven— lanzó un grito, un insulto y una pregunta que quedó colgada porque los tres se metieron en tropel en un living amplio, con gente joven que estaba de fiesta; Reyna hizo un disparo y ordenó que todo el mundo se tirara al piso. Habían calculado que en la casa habría unas seis o siete personas —una familia— pero eran muchas más; quince, al menos, la mayoría chicos y chicas veinteañeros. Iba a ser difícil reducirlos a todos, pero Reyna no quería parecer preocupado o inseguro, así que comenzó a dar indicaciones enseguida, con voz de mando, como si nada de lo que había en ese living lo hubiera tomado por sorpresa.

—*Cerrá* la puerta —le ordenó a Marcelo.

A un costado, Alberto estaba duro, mirando. El arma le brillaba alzada contra la campera negra a la altura del pecho. Reyna le dijo:

—Me los juntan a todos en el centro, bocabajo y con las manos en la espalda.

El griterío y la confusión de los primeros instantes fueron cediendo. Entre los dos hermanos pudieron acomodar a todos en el centro del salón, tirados en el piso, bocabajo, tal como había indicado Reyna. La operación duró varios minutos y generó movimientos indecisos, tímidas preguntas, quejas. El gordo no paraba de salmodiar de aquí para allá con que se quedaran tranquilos, que no les iba a pasar nada, que colaboren... *El Orejudo* Marcelo se comportaba como en una serie de televisión y les hablaba de «tú» a los que iba manipulando; de tanto en tanto lanzaba alguna frase conciliadora a imitación de Reyna. Alberto, en cambio, actuaba en silencio y arrastraba a la gente con cierta ferocidad; a la menor resistencia mandaba culatazos a la nuca sin el menor comedimiento. Cuando por fin estuvieron todos amontonados, Reyna le ordenó que revisara el resto de la casa.

—Hacemos el rejunte y nos vamos. ¡Aquí no ha pasado nada, señores! —gritó Reyna.

Marcelo se quedó abajo y comenzó a registrar a todo el mundo: en una mochilita de plástico fue metiendo relojes, joyas, teléfonos celulares y billeteras. Algunas chicas temblaban y lloraban cuando lo sentían cerca, hurgando entre sus ropas. Todo iba bien. Reyna apoyaba el caño de la carabina en las nuca de los que intentaban erguirse para mirar o decir algo. Pisó un par de espaldas, pateó algunas piernas que se movían y, por momentos, tornaba la salmodia en amenaza. Cuando Marcelo terminó de juntar todo lo recaudado miró a Reyna, indeciso. El gordo hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—*Andá por ahí y juntá más cositas.*

*El Orejudo* sonrió y se dirigió hacia un pasillo de la planta baja. Reyna parecía tranquilo, como quien tiene todo bajo control; pero Alberto se demoraba en la planta de arriba. El gordo se acercó al ventanal y movió la cortina con la mano: afuera se veía la camioneta en la oscuridad, sin novedades, lista para iniciar la retirada. Después fue hasta el pie de la escalera y miró para arriba:

—Che, *Payaso*, ¿te dormiste o qué? —gritó.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Alberto se asomó desde arriba, unos instantes después, apoyado en la baranda de la escalera, pálido bajo el rayo de luz de un halógeno y con una expresión que Reyna nunca antes le había visto.

—¿Qué carajo pasa? —preguntó el gordo desde abajo.

—Venga a ver esto —se limitó a decir Alberto, y desapareció en la penumbra del pasillo.

Reyna dudó un instante. Se volvió hacia el grupo; en el salón ya estaba Marcelo de vuelta con una computadora portátil en la mano y otros bultos. El gordo lo llamó con un gesto y le dijo al oído:

—Subí a ver qué carajo le pasa al boludo de tu hermano. *Decile* que nos vamos. —Reyna sostenía descuidadamente la carabina por el caño. Le dio un suave golpecito en el hombro al Orejudo.

Marcelo obedeció, y recién entonces el gordo tuvo tiempo de ver con algún detenimiento el salón: era amplio y tenía dos zonas, separadas por un desnivel y un par de escalones. Había un sillón larguísimo con almohadones de cuero negro, una mesa ratona y un televisor de plasma en el que se reproducían videos musicales. Alguien, en algún momento, había bajado el volumen, seguramente el propio Marcelo. A un cos-

tado estaba la mesa con botellas y platos con comida. Había también otros cuatro sillones individuales y sillas alrededor formando grupos más o menos desordenados. En el centro del salón, sobre la alfombra en que los habían obligado a tirarse, varios de los chicos sollozaban y comenzaban a inquietarse.

A los dos minutos bajó Marcelo, lívido, con los ojos bien abiertos. Lo alejó a Reyna unos pasos del centro de la sala y le dijo, casi al oído:

—Arriba hay una chica muerta, maestro, ¿qué hacemos?